

CRONICA

TIERRANEGRA: DESMITOLOGIZACION TEATRAL

Rafael A. Herra

¿Qué es la descolonización? ¿Por qué la cultura puede desmitologizarse? Una contestación posible se encuentra en el libreto y en la puesta en escena de *La invasión*, obra de teatro presentada en Costa Rica a fines de 1973. Ya han pasado unos meses, pero el problema que planteó sigue de pie.

Esta pieza experimental recoge dramáticamente la historia de Costa Rica en momentos en los cuales se practica y se hace evidente una determinada *invasión*. Mejor dicho: se trata de invasiones sucesivas desde la conquista española hasta la actual civilización del banano y del aluminio. El contenido que representa es al mismo tiempo la invasión (los conquistadores, Walker, la Yunai) y la resistencia (Mora y Santamaría, los trabajadores bananeros ...) Pero no nos interesa sólo el contenido, sino también la forma, y reflexionar sobre cómo un experimento escénico sirve para descolonizar el arte.

La vida costarricense se ha articulado durante años y siglos mediante la importación de bienes: tejidos, pinturas, máquinas, tornillos, manzanas, cultura. Igual clasificamos el café con técnica importada que lo tomamos a gusto de otros, según sus filtros, que engullimos algunas gotas de cultura universal. Lo mismo hay en almacenes y conciencias: artículos de consumo importados, es decir ideales de valor superpuestos. Recoger una partícula metropolitana es una identificación. Celebramos navidad con nieve artificial. Mientras un jalouín nos hace heroicos, nadie conoce los cohombros.

El consumo cultural funciona correlativamente al consumo físico. Nuestra vida cultural vive en la alteridad, se ve desde lo otro, desde los puentes del Sena. Acepta disfrazarse:

haciendo "cultura universal" cree hacerse a sí misma —cuando el verbo "hacer" no significa más que consumir. Se pretende hacer teatro clásico, o meditar la cuestión de la técnica desde Heidegger (cuando no tenemos técnica que nos haga inmediato el problema); de la misma forma se logra el truco de sustituir la madera por la formica. Nuestra cultura se esfuerza por encontrar su legitimidad en el uso y reproducción, es decir en el préstamo a largo plazo, de los grandes valores que oscilan entre Homero, las montañas de Suiza y la cocacola.

La representación del grupo Tierranegra hizo patentes dos cosas: que la cultura universal no existe más que como un instrumento y que en cuanto tal se puede usar de muchas maneras: para acompañar la espada o para combatirla. La cultura es un acto colonizador al tiempo que puede convertirse en arma anticolonizadora. He ahí su paradoja: es posible extrañarse en un valor ajeno para volverse a ganar en el propio o en la novedad que se hace propia. Esta es la contradicción emancipatoria que no ven los consumidores del falso universal.

Véamoslo expresarse formalmente. En *La invasión* se utilizan elementos universales de la representación dramática: mimos, música, danza, recital, movimiento escénico, diálogo, narración, figuras corales, flujo temporal. El uso de estas formas crea un contenido de recuperación y de resistencia desmitológizante: se da un golpe de muerte al mito de la representación como bello fin en sí y se la convierte en acción histórica. El mito es el mismo de un cierto arte poderoso y tradicional de Costa Rica que ha querido hacerse valer, inconscientemente, en su reproducción de formas "clásicas". Y ya se sabe que lo clásico en este contexto y uso no es más que la adhesión simbólica a gustos importados, análogos al consumo físico de bienes. Frente a

esto la acción estética se desmitifica en tanto su tarea ya no es simplemente la de reusar y multiplicar formas, contenidos y técnicas como *finis en sí* en un puro horizonte de belleza, sino cuando el saber técnico universal se relativiza en la aplicación que se le da y, como *medio*, ayuda a producir una bella creación que es un acto liberador, resistente y combativo.

De esta manera lo estético se torna histórico. Lo teatral dramático es el instrumento, la técnica al servicio del acto y no el acto al servicio de lo técnico—estético (o universal). Cuando la historia de las colonizaciones se revela, incluso estéticamente, comienza a hacerse historia descolonizada. Aquí el golpe es doblemente eficaz: se denuncian las invasiones y se revive la resistencia (*contenido*) y para ello se utiliza particularmente la reserva de saber técnico universal del arte dramática (*forma desuniversalizada*).

Los grados de significación de la pieza son complejos y se expresan así: la puesta en escena misma se suma a la dimensión significativa de lo que representa; es una acción resistente, un grito de guerra, que se enmarca en sus propios contenidos teatrales, que son la denuncia anticolonialista. Formalmente la puesta en escena cumple una tarea de desmitologización estética: la técnica pierde su inútil universalidad para convertirse en la forma de lo práctico particular de la acción. El grupo Tierranegra, consciente o inconscientemente, logra el momento paradójico en el que la conciencia histórica se vale de los medios del símbolo estético para convertirse en conciencia guerrera.

Hay que elogiar, en fin, la actuación excelente, el acierto en la música y en la coreografía. Se trata de un trabajo provocador, deliberadamente agresivo, lleno de furor y de inculpação, sabe manipular también lo grotesco y se juega en un grado alto de interpenetración con el público. *La Invasión*, refinada y barroca al estilo latinoamericano, no se excede, sin embargo, en un solo gesto, y puede ser dirigida a un público amplio (siempre y cuando no se exagere en el precio, como ocurre en *El arlequin*, donde doce colones de entrada convierten al teatro en un privilegio). Quizá el teatro, hecho así, pueda subsistir como arte de comunicación popular—incluso aquí, en Costa Rica, porque también en un país subdesarrollado la divulgación por medios electrónicos neutraliza la conciencia crítica con una conciencia imaginaria construida a base de emociones (novelerías, “éxitos” musicales) y de elaboración lingüística (propaganda).

Terminemos con una pregunta: ¿son los autores y actores de esta obra de creación colectiva conscientes de su significación al llevarla a cabo? ¿O expresan simplemente, quizá con una conciencia oscura, la necesidad

de revisar culturalmente nuestro medio? Esta sería una revisión de mitos y cultura, aunque *La invasión* fuera desmitologizadora sólo en el momento imaginario de la escena.

GABRIEL MARCEL: Existencia y Misterio

Arnoldo Mora R.

La reciente muerte de Gabriel Marcel ha puesto de nuevo en páginas de actualidad a una de las figuras más representativas de la sabiduría existencial, considerada por muchos como un fenómeno típico de nuestro siglo. Aunque negaba de sí mismo el apelativo de “existencialista”, el nombre de Gabriel Marcel permanecerá en la historia del pensamiento filosófico contemporáneo íntimamente ligado al surgir del pensamiento existencial francés, en la cargada atmósfera de la Europa de entreguerras. Más aún, Marcel será considerado como el representante por excelencia del así llamado “existencialismo cristiano”, antepuesto —las más de las veces, en forma superficial— al “existencialismo ateo” de J.P. Sartre. Sea de ello lo que fuere, la vida y la obra del ilustre pensador recientemente fallecido constituyen un testimonio viviente del filosofar en su más alta expresión y ambas —vida y obra— quedarán como la estela que su autor ha dejado tras de sí en su largo transitar por las aguas azarosas del mar de la existencia, cuyas profundidades no dejó nunca de escrutar.

1) Experiencia existencial

Pensador asistemático por antonomasia, Gabriel Marcel hombre es indisoluble de Gabriel Marcel filósofo. El único objeto de su pensar fue su existir. Espontáneo y concreto como la vida misma en su diario *fluir*, su pensamiento será el esfuerzo incesante de la conciencia por arrojar luz y extraer sabiduría de la experiencia vivida, incluso en sus formas y manifestaciones más aparentemente anodinas, aunque siempre cargadas de significación y sentido humanos. Pero, contrariamente a lo que sucede con tantos genios de la filosofía, el hablar de la vida de Gabriel Marcel no constituye un adorno anecdótico, sino un elemento indispensable en la comprensión de su obra. Pues ésta, más que ser entendida por la razón, debe ser comprendida, en el sentido existencial de la palabra, a través de la sutil luz que arroja la simpatía.

Dos son las experiencias de su vida que más hondamente marcarán y nutrirán la re-

flexión filosófica de nuestro autor. La primera de ellas es el medio familiar. Nacido en París el 7 de diciembre de 1889, en un ambiente sólidamente burgués, Marcel muy pronto sentirá sobre su alma en carne viva el azote del absurdo, cuya sombra lo acompañará siempre y ante cuyo espectro solo podrá esgrimir el arma de la esperanza. A los cuatro años, en efecto, muere su madre. Tal será el brusco despertar a la razón que el destino hubo de deparar a este niño que, desde entonces, oscilará entre el agnosticismo estético de un padre culto y amoroso, pero un tanto lejano y una tía —madrastra, rígidamente moralizante, aunque sin estar del todo desprovista de ternura. La experiencia de la horfandad —que también encontramos en Sartre, aunque del lado paterno— marcará con el trazo más hondo la concepción del mundo que luego tendrá el filósofo Gabriel Marcel. Toda su vida será una búsqueda del misterio femenino, cuya carencia sublimó hasta convertirla en evocación e invocación. Huérfano de madre, el joven Marcel no tardaría en descubrir que es toda la sociedad la que sufre de una tal ausencia, que se traduce en un alarmante proceso de deshumanización cruenta a través de la guerra, e incruenta, pero no por eso menos deleitánea, por obra de una sociedad tecnificada y burocrática, brutalmente masificada por el facismo y la sociedad de consumo. Como todos los pensadores existenciales, Marcel intentará responder a un tal absurdo, edificando con paciencia franciscana, una sabiduría de la existencia concreta. La segunda gran experiencia de su vida será la que, de manera particular, le hará descubrir hasta qué punto nuestra civilización “científica y cristiana” ha deshumanizado la condición real del hombre. Esta experiencia será la de la Guerra Mundial (1941-1918), en donde, por motivos de salud, ocupará un puesto de Cruz Roja. Encargado de la oficina que suministraba informes sobre muertos, desaparecidos, heridos, etc. a los familiares de los soldados, Marcel tendrá oportunidad de reflexionar, en el teatro mismo de los acontecimientos, hasta qué punto su horfandad era algo más que una tragedia personal: era el destino mismo de toda una civilización, devorada por una sed de eficacia que, como un cáncer, termina por consumir, en el delirio colectivo de la guerra, al organismo social todo entero. La búsqueda de respuesta a tales interrogantes lo lleva al estudio académico de la filosofía. Pero la Universidad en general lo desengaña, hasta el punto de que nunca llegará a ser un docente académico de la filosofía. En las aulas universitarias encontrará la rígida abstracción de una dialéctica idealista tan fríamente deshumanizada como los campos de batalla que acaba de dejar. Algunos autores, sin embargo, despertarán en él una abierta simpatía. Marcel enumera entre ellos a los grandes metafísicos del romanticismo alemán: Fichte, Schelling, Hegel, en quienes admirará su pasión por la vida, pero no su esfuerzo sistematizador,

considerado por nuestro autor excesivamente abstractizante.

Un cierto sentido del misterio se agudizará en Marcel a medida que ahonda en los meandros del filosofar. Ansioso de aprehender lo concreto del humano fluir, vuelca toda su interrogación sobre sí mismo y descubre en su propia intimidad —al igual que la corriente espiritualista francesa— el suelo nutricio de la verdad y la matriz del ser. Su estilo mismo recordará a los grandes maestros de la literatura intimista. Así aparecerá, *au jour le jour*, su *Diario metafísico*, que nos describe el itinerario espiritual de un hombre que, luego de sentirse huérfano en la familia y en la sociedad, termina por sentirse huérfano del ser. Su sed de ternura se convierte en grito de esperanza, su ansia de verdad resuena, finalmente, como un eco de profesión de fe. Bajo la influencia amistosa de Charles Du Bos y respondiendo a la invitación de François Mauriac, Gabriel Marcel hace profesión de fe católica en 1929. Desde entonces, Gabriel Marcel habrá dado un perfil definitivo a su existencia que, en lo sucesivo, no haría sino desarrollar a través de su obra de filósofo y dramaturgo.

2) Dimensión estética

Uno de los logros mayores obtenidos por la fenomenología en el plano epistemológico consiste en haber puesto de manifiesto que, entre la experiencia existencial directa y la reflexión metafísica que le da su sentido último, existe un momento de mediación simbolizante, que Sartre llama lo “imaginario” y cuyo origen filosófico Heidegger cree encontrar en los “esquemas de la imaginación trascendental” de la *Crítica de la Razón Pura*. Esta dimensión “onírica”, como Freud la designa, da origen a esa experiencia estética cuyo análisis fenomenológico debemos a Mikel Dufrenne. Síntesis existencial entre la experiencia sensorial y la abstracción universalizante, la imaginación creadora a través de símbolos, cuya significación polivalente arroja diversos y chispeantes destellos, a manera de un diamante que brilla en la penumbra. Su oscuridad no es confusa sino grávida de dimensiones que, a manera de señales en un camino, abren pistas y delinean horizontes. El arte no dice, sino que insinúa; sus ideas no son pensamientos sino barruntos: su función no es la de concebir un discurso sistemático, sino la de crear una atmósfera en la cual se hace posible respirar como humano. El arte no es una cosa ni la suma de todas las cosas, sino la luz y el ojo que hace posible que las cosas revistan un determinado perfil. Orgiástica unión entre los sentidos y el espíritu, entre la razón y la carne, el arte es por excelencia el mundo de lo intuitivo. Sin ser abstracto, se apoya, sin embargo, en el predominio de determinado sentido. Para Gabriel Marcel, quien reconoce que hubiera preferido ser músico que filósofo, el arte de los sonidos es la más elevada expresión del espíritu. Fuente

originaria de lo mítico y lo geométrico —como los creadores de la ciencia y la filosofía occidental, los pitagóricos, lo reconocieron— la música expresa el mundo del oído. Contrariamente a lo que se ha creído, interpretando erróneamente a Platón y Aristóteles, no es la vista sino el oído, el primero y más noble de los sentidos, el más cercano al espíritu, ya que expresa mejor que ninguno el sentido del misterio y crea una atmósfera de trasfiguradora fusión entre el hombre y la naturaleza. Expresión de la “armonía cósmica”, como afirmaban los pitagóricos, la música nos hace reencontrar el sentido del misterio femenino, plerórico de ternura y dulce oscuridad, abriendo las puertas incluso a la experiencia mística. Contrariamente a la función objetivante de la experiencia visual, que desemboca en la definición lógica aristotélica, la experiencia auditiva no nos da una esencia abstracta, especialmente perfilable.

Si Husserl soñó con hacer de la filosofía, inspirada en el método fenomenológico, una “visión de las esencias”, no se trataba de llegar a esencias a manera de definiciones lógicas, gracias a todo un andamiaje abstracto. Tal como Marcel entiende lo que es esencia, sería un error asociarla con definiciones lógicas. La esencia marceliana tiene más de común con lo que solemos entender por tal referido a una experiencia sensorial del olfato; así, hablamos de esencia de azahar, de rosas, etc. La esencia marceliana es una atmósfera que se respira, un ambiente sutil que se crea, un manto inconsútil que envuelve los rostros y palabras de los humanos que se cruzan y entrecruzan en las veredas de la vida. Nada más indicado que el teatro de situaciones existenciales, más que de personajes o caracteres, para expresar una tal concepción del mundo. Al igual que Sartre, Marcel experimentará las limitaciones del análisis conceptual para penetrar en los meandros de la experiencia existencial y recurrirá al drama, para mostrar en concreto lo que la razón filosófica formula en abstracto. Es que para el pensador existencial no se trata de demostrar, sino de participar, de hacer penetrar al lector en una realidad vivida y palpitable. Su verdad, como ya lo señaló Kierkegaard, no es la verdad universal del que discurre, sino la verdad subjetiva del que dialoga, del hombre concreto ávido de amor, solitario y mortal. Ese hombre que deambula por la vida como un mendigo de esperanza e inmortalidad, sumergido en el mal pero sediento de autenticidad...El teatro marceliano nos lleva de la mano a la reflexión metafísica y constituye una invitación a la misma y su preparación más indicada.

3) Reflexión metafísica

De la mano del análisis existencial y como guiados por el mismo, Gabriel Marcel nos introduce en lo que él bellamente llama el “misterio ontológico”. Se ha hecho ya célebre

la distinción marceliana entre problema y misterio. Su rechazo del pensamiento conceptual y de la sistematización metafísica estriba en su creencia de que la razón abstractizante sólo es capaz de formularse problemas, es decir, de debatir tesis, cuya aparente objetividad solo encierra la falsa pretensión del hombre que quiere evadirse. Pero esto resulta imposible: en las situaciones límites, que tanto enfatiza Marcel al igual que Jaspers, el hombre se ve obligado a optar, a darle un sentido a su existencia comprometiendo su libertad frente a su propio destino. La muerte y el ansia de inmortalidad —que Marcel evoca con la misma intensidad existencial que Unamuno, pero con un mayor sentido de la esperanza— el amor y la comunicación, en fin, el otro con su auréola de cálida presencia, o su traslúcida oscuridad de ausencia, son para Marcel, huérfano de madre a los cuatro años, el tema de su ruminación metafísica, temas incesantemente repetidos aunque nunca sistemáticamente desarrollados. Es a la luz de esa reflexión, última y primera como toda reflexión metafísica, como adquiere su densidad plena la obra marceliana. Su mérito estriba en haber arrojado una vívida luz en los pliegues y repliegues de lo que Malraux llama “la condición humana”, sin perder un instante la cálida concretitud del hombre de “carne y hueso”.

Una tal posición filosófica nos hace remontar a una experiencia que, no por olvidada en la insensibilidad ciega de la rutina, es por ello menos fundante y básica, la experiencia de lo sensorial táctil. El más amplio de los sentidos, el tacto, abarca toda nuestra epidermis. Es gracias a él que el hombre sale de la subjetividad solipsista de la conciencia inmanente. Trascender significa, desde el punto de vista existencial, en primer lugar sentir las cosas, sentir la presencia del otro. Es gracias a esa especie de cálido vaho que transpira toda nuestra epidermis que yo vivo al otro, que comulgo con él y él conmigo. Es gracias a esa irradiación que incesantemente procede de mis poros que las cosas dejan de ser objetos inertes y adquieren vida, prolongando la intimidad de mi propia conciencia. Es así como el existente crea una atmósfera humana que hace del mundo un hogar, donde las cosas se saborean y se palpan convirtiéndose en invitación y evocación, haciéndose un nudo de recuerdos y un haz de sueños. Suprema reconciliación del hombre con el mundo, que convierte a la materia inerte en cómplice y amiga del espíritu viviente. El mal se trasmuta así, por esta maravillosa alquimia del análisis existencial de Gabriel Marcel, en el hueco que rompe la opacidad sin vida del pensamiento abstracto, haciendo posible la emergencia del Ser como esperanza, del bien como invitación al amor, de la muerte como barrunto de inmortalidad, del pecado como exigencia del don de la gracia y de Dios como última y única respuesta frente al

absurdo. Gracias a la crisis, el problema impersonal se convierte en inapelable llamado del misterio como inserción en el ámbito de la esperanza, y el peregrinar de la vida como una universal vocación al amor...

Gabriel Marcel ha muerto. La humanidad le quedará hondamente agradecida por haberle ayudado a descubrir, en el oscuro firmamento del momento histórico actual, esa titilante "estrella romera" que buscó ansioso el poeta.

FILIAL DE LA ASOCIACION DE FILOSOFIA EN TURRIALBA

Turrialba es una ciudad de desarrollo reciente. Pero que tiene o muestra preocupaciones y voluntad de crecimiento en todos los órdenes. Recordemos el grupo poético, que ha tenido ciertamente verdadera importancia. El Instituto de Ciencias Agrícolas es de lo mejor que hay en Costa Rica, y el proyecto de Universidad Municipal se anuncia serio.

Por estos antecedentes, no nos extrañó la formación de un grupo de turrialbeños, que se reúnen todas las semanas para estudiar Filosofía. Este grupo, que tiene más de un año de vida, se ha incorporado a la Asociación Costarricense de Filosofía, en forma de Filial. La forman los Sres Carlos Alberto Barreda Llanes, Manuel Antonio Castro Hernández, Gonzalo Coto Meza, Edgar Cover Draeseke, Ricardo Durán Durán, Nogi Fernández Escoto, Hernán García Fonseca, José Rafael Gómez Laurito, Mario Loaiza Jiménez, David Menzío Flores, Arnoldo Núñez Vetrano, Antonio Palermo Murillo, Julio Prado Jiménez y Ricardo Zamora Alfaro.

Para la creación formal de la Filial de la Asociación, se realizó un acto académico, en el cual el Prof. Ramón Madrigal Cuadra desarrolló el tema de la "Sustancia y el sentido de la vida en el pensamiento de Spinoza". La exposición fue seguida por un extenso e interesante diálogo.

"TEOREMA":

UNA NUEVA REVISTA ESPAÑOLA DE FILOSOFIA

Ha aparecido en la Universidad de Valencia, España, una revista de Filosofía cuyas características permiten prever que a partir de ahora habrá que contar con ella como un instrumento de comunicación en la nueva filosofía española.

Teorema Manuel Garrido y Fernando Montero, dicen en la presentación del primer número:

"Teorema intenta recoger y estimular aquellas investigaciones que versen sobre problemas filosóficos modernos abordados desde un punto de vista crítico.

"Bajo esta perspectiva, cualesquiera temas y problemas acordes con el actual momento filosófico, desde la Lógica Matemática y la Filosofía de la Ciencia y de la Técnica a la Dialéctica, pasando por la Fenomenología y el Estructuralismo, tienen cabida en estas páginas.

"La publicación de *Teorema*, que se inserta en una línea de escasa tradición en la Filosofía española, responde, creemos, a una necesidad que se agudizaba día a día en amplios sectores del quehacer filosófico peninsular".

Los artículos de este primer número se centran en torno al tema "Razón analítica y razón dialéctica". La variedad de puntos de vista desde los que se enfoca este tema en las diez contribuciones que se publican y la seriedad y competencia de sus autores hacen que podamos decir sin exageración que el presente número constituye una auténtica antología española sobre el estado actual de la investigación en torno a un nuevo concepto de racionalismo.

Un resumen del índice puede orientar al lector.

F.G. Asenjo: "Lógica y dialéctica". (Un cálculo para la axiomatización de la dialéctica hegeliana).

J.L. Blasco: "Razón y análisis" (Estudio de los usos lingüísticos del término "razón" y asimilados).

V. Bozal: "La problemática de la dialéctica". (Junto con el artículo de S. Sevilla. "Dos concepciones dialécticas de la historia de la Filosofía", supone una interesante contribución a la clarificación del concepto de dialéctica en relación con las teorías de Althusser).

J. Carabaña: "La teoría dialéctica del conocimiento de Jürgen Habermas".

M. Garrido: "Metafilosofía del racionalismo".

C. Moya: "Razón analítica y razón dialéctica en las ciencias Sociales". (Junto con los dos anteriores, supone una profunda contribución a la discusión actual entre dialéctica y positivismo, con referencia especial al campo en que más radicalmente se ha planteado esta discusión, es decir, a la teoría crítica de la sociedad de la escuela de Francfort y al racionalismo crítico de Popper)

M. Moliner: "La Interpretación dialéctica de la Libertad".

R. Marín: "Notas sobre la consideración lógico-formal del razonamiento práctico".

J. Sanmartín: "Notas sobre la verdad en Frege".

Otro detalle de interés, que garantiza la continuidad de la revista en una línea de rigor

científico y actualidad filosófica, es la composición del Consejo editorial. De entre sus diecinueve miembros entresacamos algunos nombres con los que el lector podrá formarse una opinión: V. Bozal (Madrid), G. Bueno (Oviedo), H. Frank (Berlín), J.M. López Piñero (Valencia), E. Lledó (Barcelona), J. Muguerza (Madrid), V. Muñoz (Salamanca), C. París (Madrid), J.L. Pinillos (Madrid), E. Trias (Barcelona).

Fernando Montero, cuando presentó la revista a los asistentes a la VIII Convivencia de Filósofos Jóvenes, dijo claramente que *Teorema* necesitaba el apoyo —y no sólo moral— de todos los que estuvieran interesados en el desarrollo de la Filosofía española.

Por nuestra parte, saludamos el nacimiento de esta publicación.

III CONGRESO NACIONAL DE FILOSOFÍA

Agosto 1974.
San José, Costa Rica

La Asociación Costarricense de Filosofía organiza el III Congreso Nacional de Filosofía. Será continuación de los dos anteriores, que fueron dedicados a la Didáctica de la Filosofía, pero con un carácter más amplio.

Tendrá lugar los días 22-24 de agosto de 1974, en el lugar y las horas que oportunamente se anunciarán.

La Asociación solicitará la colaboración de los Sres. Ministros de Educación Pública y de Cultura, y de los Sres. Rectores de la Universidad de Costa Rica, de la Universidad Nacional y del Instituto Tecnológico, así como la colaboración de la UNESCO.

El tema para el Congreso será: "La Filosofía y el Desarrollo Nacional". Habrá cinco conferencias, solicitadas por el Comité Organizador, y ponencias libres.

El Comité Organizador está integrado por los Sres. Dr. Roberto Murillo Z., Presidente; Lic. Fernando Leal, Vocal y el Dr. Constantino Láscaris, Secretario.

Habrá un Comité Académico, integrado por los Sres. Dr. Teodoro Olarte, Dra. Rosita Giberstein y Dr. Arnoldo Mora.

La fecha de presentación de ponencias es el 5 de agosto de 1974.

Para inscribirse como Congresista activo, se requiere: ser socio de la Asociación Costarricense de Filosofía, y pagar una cuota de ₡ 25.00 (veinticinco colones).

Esta condición da derecho a la presentación de ponencia, a participar activamente en los debates y a recibir las publicaciones que se preparen.

Para participar como Asistente se requiere el pago de una cuota de ₡ 10.00 (diez colones).

La sesión de apertura será el día 22 a las 7 p.m. los días 23 y 24 serán dedicados a las conferencias y ponencias. El día 25 habrá una excursión, sobre la cual se informará en su momento.

La Secretaría del Congreso funcionará en la sala 20 de la Facultad de Ciencias y Letras, Ciudad Universitaria, San Pedro de Montes de Oca.

¿POR QUE ESTUDIAR HISPANOAMERICA EN LOS ESTUDIOS GENERALES?

"El estudio más digno de un americano es la América".

José Cecilio del Valle

Durante siglos, el continente iberoamericano ha sido una de las regiones del mundo que avanza en su cultura y concepción del mundo al paso que le han marcado las grandes potencias hegemónicas, especialmente las del Viejo Mundo. Esta situación ha llevado al hombre hispanoamericano a vivir permanentemente imbuido por las coordenadas valorativas de un universo ajeno por completo al de su ubicación histórica y territorial. Así, este hombre se ha preocupado tradicionalmente por percibir, sin advertirlo, el mundo como un extranjero en su propia tierra, con intereses, valores y prejuicios importados. Es decir, se le ha "castrado" intelectualmente, haciéndole ver la trascendencia de los hombres, obras e ideas de otras latitudes, olvidando así las de su propia región. Así se ha conformado su intelecto. Y así se ha producido en el latinoamericano un complejo de inferioridad ante lo foráneo, que se plasmó como un curioso desprecio hacia lo propio, hacia lo autóctono, a lo que califica de infimo, intrascendente, banal. De este modo muestra el hispanoamericano que lo único digno de considerarse importante, lo único permanente y universal es lo ajeno, lo externo, lo extraño; especialmente lo generado desde Europa. Pero al ejercer la valoración, no estudió lo propio con detenimiento sopesando lo hispanoamericano a ver si se encontraba en nuestro medio algo digno de mostrarse, de admirar. No descubrió que a lo largo del subcontinente, algunos hombres, gracias a su genio, percibieron esta clase de anomalía, y entonces se liberaron del tutelaje intelectual y produjeron las grandes obras, ya materiales, ya intelectuales, de nuestra cultura, la hispanoamericana. Tampoco se percató de que, en algunos aspectos, nuestros pensadores se adelantaron a los de la vieja Europa, como lo hicieron José María Morelos y Pavón y José Cecilio del Valle

con respecto a Carlos Marx, o como lo hizo el argentino Esteban Echeverría, que a decir de Alfredo L. Palacios, planteó los rasgos fundamentales de la estética del romanticismo, antes de que éste se adueñara de la cultura europea. De este modo, se llega a comprender que Hispanoamérica tiene valores, pero no se conocen, más por ausencia de estudio que por carecer de ellos. Ahí están, y nuestra obligación es descubrirlos. Curiosamente, en el pasado, el latinoamericano valoraba positivamente a los pensadores propios siempre y cuando siguieran la tradición importada, los esquemas foráneos. Sólo movimientos tan importantes como el modernismo fueron reconocidos en todo su valor, quizás por ser su maestro un autor eminentemente "europeizado". No ha sido sino hasta las últimas décadas cuando los intelectuales hispanoamericanos han iniciado el descubrimiento de los valores permanentes de su cultura, tan importantes como los de cualquiera otra. Hay, entonces, una corriente de revaloración de lo hispanoamericano, iniciada tal vez por la curiosidad que está despertando este continente entre los estudiosos extranjeros. Pero antes de aceptar esa, para los extranjeros, "novedad", es indispensable pensar que estudiando nuestro continente en sus valores, en su cultura, en su historia, estaremos en mejores condiciones de entenderlo y de ubicarnos en el presente, con una más clara conciencia de nuestro papel como pueblo. Es nuestro continente, y nuestra es la obligación de conocerlo; porque, si no nos conocemos nosotros, ¿cómo vamos a intentar conocer a los demás? .

Pero el estudio detallado de la cultura hispanoamericana no significa en ningún momento interés por ignorar la universal, lo positivo de otras latitudes. Nuestro continente se abrió al mundo a cinco siglos de distancia, y se abrió como un territorio "virgen" de los valores convencionales de la Europa. Y desde ese momento se inició su adaptación ideológica, su asimilación cultural. Pasó a formar parte de la zona de influencia del viejo continente. Pero la asimilación no terminó, ni ha terminado. Por ello tenemos "algo" de todas las culturas y nos convertimos con el paso de los siglos en el vivero más fecundo de las ideologías preponderantes en otras regiones del mundo. Y así se conformó en Hispanoamérica un hombre nuevo, en el cual se fusionaba lo autóctono con la reelaboración local de las más diversas culturas. Y así conformamos nuestra actual idiosincrasia, como una amalgama de lo relevante de otros pueblos mezclado con lo propio. Por eso tenemos elementos de todos los continentes, de todas las sociedades, de todas las culturas. Y, si estudiamos lo nuestro, estudiaremos también aspectos fundamentales de lo ajeno, fundamentalmente de lo "occidental". De este modo, estudiando los cinco siglos de nuestra historia, estudiaremos los rasgos más importantes de esa cultura "occidental" heredada. Veremos enton-

ces la evolución del pensamiento e ideología de la vieja Europa y su influencia en nuestro medio, pero también descubriremos los aportes que nuestro continente, el hispanoamericano, ha suministrado a la cultura universal.

Ese es el propósito fundamental que se pretende cumplir con el estudio integrado de las tres cátedras comunes de Estudios Generales: dar al estudiante las bases culturales necesarias en una comprensión más auténtica del siglo actual y del papel de su continente en la evolución de la humanidad. Pero no es un estudio "sincrónico", de un momento histórico determinado de la realidad latinoamericana. Se partirá de los orígenes de nuestra cultura —el antecedente precolombino—, y avanzando por nuestra historia, se analizarán los momentos más significativos, para desembocar, finalmente, en el siglo presente. Y se sigue este proceso porque sólo conociendo los antecedentes que culminaron en un período determinado de la historia del hombre, se puede estudiar seriamente ese período, pues mucho de lo que encontramos en él es herencia de lo precedente, y no se podría entender de otra manera. Se pretende, pues, dar al futuro estudiante una base de cultura integral, no de aspectos aislados de esa cultura. Se quiere, en suma, situar al joven en su momento histórico y darle los elementos imprescindibles de su comprensión, es decir, formarlo como un hombre del siglo veinte, consciente de su responsabilidad histórica, pero consciente también de la evolución cultural que se resume en él. Vivimos en un "aquí y ahora"; no tiene sentido especializarlo en un "allá y entonces".

Creemos que las aspiraciones, intereses y *expectativas* de conducta del joven están ubicadas espacialmente en Hispanoamérica, el continente más integrado de todos, tanto por el idioma como por la religión y la cultura heredada. Por eso se tratará de presentar al futuro estudiante una visión de la realidad, del presente, tan rico como el que más en todos los aspectos de la cultura; pero sólo trabajando estrechamente unidas las tres cátedras, se podrá lograr de manera cabal ese propósito.

Nota de redacción:

Las cátedras comunes de Estudios Generales son Castellano, Historia de la Cultura y Filosofía. Las tres son prerequisite obligatorio de todas las carreras universitarias y se imparten también en los Centros Regionales de la Universidad de Costa Rica. En el texto anterior se trata de la materia sobre la que se orientan los programas de las tres cátedras en el Centro Regional de San Ramón.

CURSO DE LA ESCUELA DE FILOSOFIA

I SEMESTRE DE 1974

F-104 Introducción a la Filosofía (A)	Dr. O. Mas H.
F-104 Introducción a la Filosofía (B)	Lic. C. de la Ossa
F-104 Introducción a la Filosofía (C)	Lic. F. Leal A.
F-204 Introducción a la Lógica	Dr. C. Gutiérrez
F-244 Filosofía de la Ciencia	Dr. L. Camacho
F-2604 Historia de la Ciencia (A)	Dr. L. Camacho
F-2604 Historia de la Ciencia (B)	Lic. C. Hernández
F-2604 Historia de la Ciencia (C)	Lic. C. Hernández
F-2604 Historia de la Ciencia (D)	Lic. Gmo. Coronado
F-316 Historia de la Filosofía Griega	Dr. J. A. Soto
F-326 Filosofía Clásica Patrística	Dr. C. Ramírez
F-334 Filosofía Moderna (I)	Dr. R. A. Herra
F-344 Filosofía Contemporánea	Dr. A. Mora R.
F-3114 Seminario de autores Griegos: Gorgias	Lic. A. López
F-3214 Seminario sobre Fichte	Dr. J. A. Soto
F-3804 Seminario sobre Regímenes Políticos en Grecia y Roma	Dr. C. Láscaris
F-414 Filosofía de la Historia	Dra. R. Mayer
F-434 Filosofía del Lenguaje	Lic. A. López
F-4114 Filosofía de la Historia	Dr. J. E. Guier
F-4444 Filosofía del Arte	Arq. R. Villalobos
F-4684 Seminario sobre el concepto de la conciencia enajenada	Dr. R. A. Herra
F-514 Etica General	Lic. V. Brenes
F-5622 Etica de Servicio Social	Lic. J. González
F-5664 Etica Profesional de Periodismo	Lic. J. González
F-5671 Etica Profesional de Microbiología	Lic. V. Brenes
F-608 Metafísica	Dr. T. Olarte
F-624 Teoría del Conocimiento	Lic. F. Leal A.
F-654 Introducción a la Metafísica	Lic. L. Lara S.
F-744 Historia del Pensamiento Político	Dr. M. Formoso
F-7074 Seminario sobre Fascismo	Dr. M. Formoso
F-7904 Seminario: La Filosofía Política de Ortega y Gasset	Dr. Fco. Pacheco
F-994 Seminario doctoral: sobre Zaratustra	Dr. R. Murillo
F-9004 Seminario doctoral: sobre la naturaleza	Dr. T. Olarte